

La esperanza en el Amor misericordioso, en la *Historia de un alma* de santa Teresita de Lisieux

Ignacio Sarre, L.C.

Licenciado en filosofía y en teología por el Ateneo Pontificio Regina Apostolorum, rector del Colegio Internacional Legionarios de Cristo de Roma.

Introducción

En 1997, Juan Pablo II proclamó Doctora de la Iglesia universal a santa Teresa de Lisieux, en el año de celebración del centenario de la muerte de la religiosa carmelita, con la publicación de la carta apostólica *Divini amoris scientia*, firmada el 19 de octubre de aquel año. Las primeras palabras de este documento pontificio son:

La ciencia del amor divino, que el Padre de las misericordias derrama por medio de Jesucristo en el Espíritu Santo, es un don otorgado a los pequeños y a los humildes para que conozcan y proclamen los secretos del Reino, escondidos a doctos y a sabios...¹

No nos parece casualidad que el Papa polaco, también conocido por haber promovido en la Iglesia la devoción al Cristo de la Divina Misericordia y por haber elevado al honor de los altares a santa Faustina Kowalska, haya querido comenzar la carta de proclamación de esta Doctora de la Iglesia haciendo referencia al amor divino y al Padre de las misericordias.

Presentando a Teresa como «auténtica maestra de la fe y de vida cristiana», Juan Pablo II subraya los bienes que su doctrina ha traído para tantas almas en la Iglesia, y resalta:

ha ayudado a sanar las almas de los rigores y temores de la doctrina jansenista, más propensa a subrayar la justicia de Dios que su divina misericordia. Ha contemplado y adorado en la misericordia de Dios todas las perfecciones divinas, pues «hasta la justicia de Dios (y tal vez más que cualquier otra perfección) me parece estar revestida de amor» (MsA 83v)².

¹ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Divini amoris scientia*, 19 de octubre de 1997, n. 1.

² *Ibid.*, n. 8.

Y más adelante afirma:

el núcleo de su mensaje, de hecho, es el mismo misterio del Dios Amor [...] Teresa ha experimentado la divina revelación, llegando a contemplar las realidades fundamentales de nuestra fe unidas en el misterio de la vida trinitaria. En la cumbre, como fuente y término, el amor misericordioso de las tres divinas personas, como ella lo expresa, especialmente en su Acto de ofrenda al Amor misericordioso³.

Es significativo que en su «escudo de armas» Teresa ha escrito, como encabezado, «Cantaré eternamente las misericordias del Señor» y, como lema, a los pies del escudo, ha colocado la frase «El amor se paga solo con amor» (también en MsB 4r). Ya al inicio del *Manuscrito A*, afirma que lo que pretende al escribir la historia de su alma es «comenzar a cantar lo que un día repetiré por toda la eternidad: “¡¡¡Las misericordias del Señor!!!”» (MsA 2r).

Esta profunda convicción se expresa también de modo eminente en su autobiografía, en el famoso pasaje del *Manuscrito B* en el que Teresa narra cómo encontró su lugar en la Iglesia, sabiéndose llamada a la vocación del Amor, que encierra todas las demás vocaciones (cf. MsB 3v). En la homilía del día de su proclamación como Doctora de la Iglesia, Juan Pablo II afirmaba que el camino de Teresa «conduce al secreto de toda existencia: el Amor divino que rodea y penetra toda la aventura humana»⁴.

Es por esto que, en el presente trabajo, hemos querido centrar nuestra atención en este tema, la experiencia del amor misericordioso que, como veremos en un primer apartado, está ligado de modo especialísimo al tema de la esperanza. Nos detendremos de manera especial, aunque no exclusivamente, en dos momentos importantes y decisivos de la vida de Teresa. Por un lado, la «gracia de Navidad» y la salvación del criminal Pranzini, hechos situados en 1886 y 1887. Y, por otro lado, el acto de ofrecimiento al Amor misericordioso, realizado por Teresa el 9 de junio de 1895; acto que, sin duda, no es un hecho aislado en su vida, sino que fue preparado por la acción de Dios en su alma a lo largo de los años, y se prolongó hasta el final en diversas manifestaciones.

La importancia de este acto de ofrenda al Amor misericordioso en la vida y en el legado espiritual de santa Teresa de Lisieux es evidente para quien se acerca con detenimiento a su obra. El P. François Marie Léthel lo considera

³ *Ibid.*, n. 8.

⁴ JUAN PABLO II, *Homilía*, 19 de octubre de 1997.

el vértice de la cristología teresiana⁵. Y el P. Antonio Royo Marín afirma que es «uno de los acontecimientos más importantes y decisivos en la vida de santa Teresita»⁶.

1. El amor misericordioso y la esperanza

Confianza y amor son las dos últimas palabras de la *Historia de un alma*. Como afirma el P. Léthel, son palabras inseparables y esenciales en sus escritos, que expresan el corazón de su doctrina⁷. Ella misma lo expresa así, tras los ejercicios predicados por el P. Prou: «me lanzó a velas desplegadas por los mares de la confianza y el amor» (*MsA* 80v). También lo escribe a su hermano espiritual, el P. Roulland, en una de sus últimas cartas: su camino es de confianza y amor (cf. *Cartas* 226).

Teresa confía y espera, porque le ha sido regalada una profunda experiencia del amor de Dios y del Dios del amor. Ella sabe que Jesús la ha llamado para estar con Él porque quiso. Y cita a san Pablo: «Tendré misericordia de quien quiera y me apiadaré de quien me plazca. No es, pues, cosa del que quiere o del que se afana, sino de Dios que es misericordioso» (*Rm* 9,15-16).

Así, para ella, la esperanza teologal es sobre todo esperanza en la misericordia infinita de Jesús Redentor, esperanza de salvación, esperanza de llegar al cielo, fundamentada en el conocimiento experiencial de la grandeza divina y de la pequeñez de nuestra humanidad.

Para Teresa, esta esperanza, inseparable del amor, tiene dos direcciones: para ella misma y para los demás. Para sí, Teresa recibe el don de una «audaz confianza de llegar a ser una gran santa» (*MsA* 32r). Contemplando el ejemplo heroico de Juana de Arco, se siente impulsada a imitarla, sabiendo que sería temerario pensar en ello confiando en sus méritos. Teresa espera solo en Él, que «conformándose con mis débiles esfuerzos, me elevará hasta Él y, cubriéndome con sus méritos infinitos, me hará santa» (*MsA* 32r).

Resulta significativo que en el *Catecismo de la Iglesia Católica* venga citada santa Teresa de Lisieux (entre otras ocasiones), cuando se habla de la

⁵ Cf. F.M. LÉTHEL, *L'amore di Gesù, La cristologia di santa Teresa di Gesù Bambino*, LEV, Città del Vaticano 1999.

⁶ A. ROYO MARÍN, *Santa Teresa de Lisieux, doctora de la Iglesia*, BAC, Madrid 1998, 184.

⁷ Cf. F.M. LÉTHEL, «L'amore crede tutto e spera tutto (1Cor 13,7). I nuovi orizzonti della speranza secondo Teresa di Lisieux», in AA.VV., *La spiritualità della speranza*, Teresianum, Roma 2005, 1.

gracia y el mérito. Se trata precisamente de un pasaje del acto de ofrecimiento al Amor misericordioso, citado tras esta afirmación:

La caridad de Cristo es en nosotros la fuente de todos nuestros méritos ante Dios. La gracia, uniéndonos a Cristo con un amor activo, asegura el carácter sobrenatural de nuestros actos y, por consiguiente, su mérito tanto ante Dios como ante los hombres. Los santos han tenido siempre una conciencia viva de que sus méritos eran pura gracia.

«Tras el destierro en la tierra espero gozar de ti en la Patria, pero no quiero amontonar méritos para el Cielo, quiero trabajar *solo* por vuestro amor [...] En el atardecer de esta vida compareceré ante ti con las manos vacías, Señor, porque no te pido que cuentes mis obras. Todas nuestras justicias tienen manchas a tus ojos. Por eso, quiero revestirme de tu propia *Justicia* y recibir de tu *Amor* la posesión eterna de *ti mismo*» (Santa Teresa del Niño Jesús, *Acte d'offrande á l'Amour miséricordieux: Récréations pieuses-Prières*)⁸.

La esperanza para sí no puede no reflejarse en su esperanza para los demás. Para sus hermanos, Teresa espera el don de la salvación, aun cuando parezca imposible, como en el caso de Pranzini, «su primer hijo» (MsA 46r). Así, la esperanza de Teresa se identifica con su celo por la salvación de las almas, por el que será proclamada «patrona de las misiones» en 1927. Prueba manifiesta es la exclamación con la que comienza el *Manuscrito B*: «Si todas las almas débiles e imperfectas sintieran lo que siente la más pequeña de todas las almas, el alma de tu Teresita, ni una sola perdería la esperanza de llegar a la cima de la montaña del amor» (MsB 1v). Aquí se expresa una vez más su profunda humildad, la conciencia de su propia pequeñez, aunadas a la profunda seguridad que experimenta en su alma: la certeza de poder alcanzar la cima de la montaña del amor, las cumbres de la santidad. Así, afirma: «Jesús mío [...] creo que no podrás colmar a un alma de más amor del que has colmado la mía. Por eso me atrevo a pedirte que ames a los que me has dado como me has amado a mí» (MsC 34v).

¿Y qué es la santidad para Teresa? No es otra cosa que el amor: «Comprendo tan bien que, fuera del amor, no hay nada que pueda hacernos gratos a Dios, que ese amor es el único bien que ambiciono» (MsB 1r). ¿A qué se refiere Teresa cuando habla de «lo que siente el alma de tu Teresita»? Se refiere, sin duda, al amor misericordioso de Dios, pues se ve a sí misma pequeñita, como hija acariciada por su madre, como corderito estrechado contra el pecho del Buen Pastor.

Teresa sabe que Jesús no pide grandes hazañas, sino amor. Y este amor no le permite vivir encerrada en su seguridad, en su certeza de fe y esperan-

⁸ *Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 2011.

za. El amor le impulsa a transmitir y comunicar a los demás su esperanza en el amor misericordioso de Dios. El amor le lleva a convertirse en Madre de muchas almas, acercándolas a la fuente misma del Amor. Este celo, que es consecuencia de su amor, parece no tener límites. Su deseo de colaborar con Cristo en su obra redentora le lleva a afirmar: «Quisiera convertir a todos los pecadores de la tierra y salvar a todas las almas del Purgatorio» (*Carta* 74).

2. La esperanza en el Amor misericordioso a la luz de «la gracia de Navidad» y la salvación de Pranzini

Se trata de dos hechos, unidos espiritual y cronológicamente en la vida de Teresa, pues se sitúan en el marco de pocos meses y la santa los narra en su autobiografía de modo inmediato, uno detrás del otro. En ellos vemos una vez más que Teresa no vive encerrada en un intimismo espiritual, sino que ve toda su vida y todas las gracias recibidas de Dios en función de la salvación de las almas. En ellos vemos la íntima conexión que en la experiencia cristológica de Teresa se da entre el misterio de la Encarnación y el misterio de la Redención.

La gracia de Navidad es un acontecimiento que ella misma denomina como milagro que la hizo crecer, volverse fuerte y valerosa. Tuvo lugar en el «día inolvidable de Navidad». Teresa narra cómo, encontrándose en «los pañales de la infancia», todos sus razonamientos eran inútiles para corregir «tan feo defecto» refiriéndose a su extremada sensibilidad, que la hacía «verdaderamente insoportable». Y reconoce cómo «era necesario que Dios hiciera un pequeño milagro para hacerme crecer en un momento». Aquí se refleja el corazón de Teresa que no espera nada de sí misma, ni de sus razonamientos, ni de su ilusión por entrar en el Carmelo. Solo espera en el amor de Dios. Amor que no se hizo esperar. «En esta noche, en la que Él se hizo débil y doliente por mi amor, me hizo a mí fuerte y valerosa; me revistió de sus armas, y desde aquella noche bendita ya no conocí la derrota en ningún combate, sino que, al contrario, fui de victoria en victoria y comencé, por así decirlo, “una carrera de gigante”» (*M^{SA}* 44v).

Teresa la llama «la gracia de su total conversión» y la atribuye a la acción del Dios «fuerte y poderoso». Y reconoce con humildad: «La obra que yo no había podido realizar en diez años, Jesús la consumó en un instante, conformándose con mi buena voluntad, que nunca me había faltado», aludiendo después a la escena evangélica de la pesca milagrosa (cf. *Lc* 5,4-10), en la que Jesús llenó con sobreabundancia las redes de sus apóstoles, hasta entonces vacías.

En el hecho de la «gracia de Navidad»⁹, encontramos una de las experiencias más fuertes en la vida de la santa, de lo que es el Amor misericordioso de Dios. Amor providente que conduce al alma por sus caminos. Amor que concede con magnanimidad las bendiciones anheladas. Amor que premia al alma humilde que se reconoce incapaz por sus propias fuerzas y lo espera todo de Él.

Podría parecer un hecho limitado a la intimidad entre Teresa y Jesús. Pero en realidad fue un trampolín que lanzó a la santa a otra experiencia profunda, íntimamente ligada, pues Jesús hizo de ella un pescador de hombres y le hizo sentir «un gran deseo de trabajar por la conversión de los pecadores». Dice la santa: «Sentí, en una palabra, que entraba en mi corazón la caridad, sentí la necesidad de olvidarme de mí misma para dar gusto a los demás, ¡y desde entonces fui feliz!» (*MsA 45v*).

Este anhelo de entrega y caridad encontrará su cauce cuando, pocos meses más tarde, recibirá otra gracia especial, «mirando una estampa de Nuestro Señor en la cruz». Escuchará con gran intensidad el grito del Señor: «Tengo sed», y se sentirá «devorada por la sed de almas», especialmente las de los grandes pecadores.

Así, de nuevo se verifica en la experiencia espiritual de Teresa, la esencial conexión entre las bendiciones recibidas y su misión. Su experiencia del Amor misericordioso y su esperanza en el Señor lleva su mirada, su corazón y su anhelo a las almas más necesitadas de esperanza y de misericordia. Y es así como “se cruza en su camino” el criminal Pranzini. Condenado a muerte por «crímenes horribles», parecía que moriría impenitente, y Teresa se sintió llamada a evitar a toda costa que cayese en el infierno.

Escribe Teresa: «Sabiendo que por mí misma no podía nada, ofrecí a Dios todos los méritos infinitos de Nuestro Señor». Una vez más, la expresión revela la profunda conciencia de su nada, que le lleva a colocar toda su esperanza en el Amor misericordioso. La esperanza de Teresa no titubea: «en el fondo de mi corazón yo tenía la plena seguridad de que nuestros deseos serían escuchados». Está dispuesta a creer, aunque no tuviera ni la más mínima señal de arrepentimiento de parte de Pranzini. «Tanta confianza tenía en la misericordia infinita de Jesús». Las palabras no sobran; no es casualidad que en un párrafo Teresa atribuya el adjetivo “infinito” a los méritos de Jesucristo y a su misericordia. Teresa reconoce que, para su consuelo, pidió a Dios «tan solo una señal de arrepentimiento». La medida de su esperanza es tan alta que, más tarde, expresará: «Perdóname, Jesús

⁹ Interesante y providencial que, en la misma Nochebuena de 1886, tuvo lugar la conversión de su compatriota Paul Claudel, y fue la primera navidad cristiana de Charles de Foucauld.

mío, si digo desatinos al querer expresarte mis deseos, mis esperanzas que rayan el infinito» (*MsB* 5v).

La esperanza de Teresa no fue defraudada y su oración «fue escuchada al pie de la letra». Pranzini, antes de ser decapitado, había tomado entre sus manos el crucifijo y había besado tres veces sus llagas sagradas. «Después su alma voló a recibir la sentencia misericordiosa». Hay una profunda conexión entre esta señal concedida a Teresa, que la conmovió hondamente, y la gracia recibida contemplando la estampa de Cristo crucificado, pues en la Pasión y Muerte de Nuestro Señor tenemos la expresión más alta del amor misericordioso de Dios por los hombres y el culmen de su obra redentora. La narración culmina con la denominación de Pranzini como «su primer hijo». Se gesta en el corazón de la santa el descubrimiento de la dimensión maternal de su misión.

Con gran razón, el P. Léthel señala que ésta es una de las páginas más bellas sobre la certeza de la esperanza, como esperanza para otro, una certeza que se apoya sobre la fe en la Resurrección y sobre la caridad como único Amor del Redentor y del hombre redimido¹⁰. La certeza de Teresa se centra en poner en contacto al pecador con la Sangre de Cristo para obtener su salvación. Habla el P. Léthel de una esperanza nueva, extrema, fundada sobre un nuevo descubrimiento de la misericordia del Redentor.

Esta experiencia de Teresa, la esperanza en el Amor misericordioso, no solo para ella sino para todos los hombres, la encontramos también plasmada en la oración que escribió en el día de su profesión religiosa (8 de septiembre de 1890), en la que se manifiesta su confianza, pero más en su dimensión esponsal. En ella se dirige a Jesús como «su Esposo divino» y pide los dones de la paz y del amor infinito. Y luego pide: «Haz que yo salve muchas almas: que hoy no haya ni una sola condenada». Teresa se atreve a pedir algo que en su tiempo no se debía decir, pues la condenación de algunas almas parecía algo inevitable. Pero ella pide la gracia de la salvación no para algunos, sino para todos.

Y hacia el final de su vida, cuando experimentará una larga y durísima prueba de fe, Teresa se unirá íntimamente a Cristo, en su agonía en Getsemaní. Participará de la experiencia del que, sin pecado, Dios le hizo pecado por nosotros (cf. *2Co* 5,21) y, por así decirlo, comprenderá mejor que antes lo que viven los pecadores y los incrédulos. Su esperanza, junto con su fe y su amor, serán puestos a prueba. Ya lo había reflexionado antes, pues en el *Manuscrito B*, cuando se ve como un pajarito —pues no se considera digna de compararse con un águila— afirma: «Y si oscuras nubes llegaran a

¹⁰ Cf. F.M. LÉTHEL, «L'amore crede tutto...», 6-7.

ocultarle el Astro del amor, el pajarito no cambiará de lugar: sabe que más allá de las nubes su Sol sigue brillando y que su resplandor no puede eclipsarse ni un instante» (*MsB* 5r).

En medio de estas «densas tinieblas» de su prueba de fe, Teresa será capaz de exclamar con total sinceridad: «Cada vez que se presenta el combate [...] corro hacia mi Jesús y le digo que estoy dispuesta a derramar hasta la última gota de mi sangre por confesar que existe un cielo; le digo que me alegro de no gozar de ese hermoso cielo aquí en la tierra para que Él lo abra a los pobres incrédulos por toda la eternidad» (*MsC* 7r). Su esperanza en el amor misericordioso sigue firme, más firme que antes incluso, en medio de tan dura prueba.

3. El acto de ofrecimiento al Amor misericordioso

Ya en las últimas páginas del *Manuscrito A* encontramos expresiones fuertes y hermosísimas de Teresa sobre su experiencia del amor. Nos permitimos citar algunas de ellas: «Ahora no tengo ya ningún deseo, a no ser el de amar a Jesús con locura» (*MsA* 82v). «Tampoco deseo ya ni el sufrimiento ni la muerte, aunque sigo amándolos a los dos. Pero es el amor lo único que me atrae». «¡Qué dulce es, Madre querida, el camino del amor!» (*MsA* 83r). «Después de tantas gracias, ¿no podré cantar yo con el salmista: “El Señor es bueno, su misericordia es eterna”?» (*MsA* 83v).

Las primeras páginas del *Manuscrito B* también presentan una serie de expresiones que demuestran la intensidad y sinceridad de esta experiencia. Ya hemos citado que Teresa solo ambiciona el amor, pues nada más nos hace gratos a Dios (cf. *MsB* 1r). Lo repetirá de modo similar, ya en las últimas páginas de su historia: «Tú sabes, Dios mío, que yo nunca he deseado otra cosa que amarte. No ambiciono otra gloria» (*MsC* 34v). Teresa se refiere a Jesús con estas palabras: «Amado mío, mi único amor, ¡Oh, Jesús, amor mío, mi vida!» (*MsB* 2v); «Jesús mío, te amo». «Jesús, Jesús, si tan delicioso es el deseo de amarte, ¿qué será poseer al Amor, gozar del Amor...?» (*MsB* 4v).

El texto que sigue nos ofrece toda una clave de interpretación para el acto de ofrenda al Amor misericordioso. Teresa piensa que, si todas las creaturas gozaran de las gracias que ella, «nadie le tendría miedo a Dios sino que todos le amarían con locura», y «ni una sola alma consentiría nunca en ofenderle, pero no por miedo sino por amor» (*MsA* 83v). Y considerando que, sin embargo, no todas las almas viven la misma experiencia, Teresa afirma: «A mí me ha dado su misericordia infinita, ¡y a través de ella contemplo y adoro

las demás perfecciones divinas! Entonces todas se me presentan radiantes de amor, incluso la justicia (y quizás más aún que todas las demás) me parece revestida de amor». Mientras tantos cristianos —y tantos teólogos— han sufrido ante la dificultad de conciliar la justicia de Dios con su misericordia, esta alma sencilla y profunda encuentra una hermosa respuesta al falso dilema. La justicia de Dios está revestida de amor.

La narración de la *Historia de un alma* nos coloca, así, en el contexto en que escribió y realizó el acto de ofrenda. Era el 9 de junio de 1895, solemnidad de la Santísima Trinidad. La santa resume la experiencia como un «entender mejor que nunca cuánto desea Jesús ser amado». Así, podemos ver que la experiencia del Amor misericordioso y la esperanza que brota de la misma, no son algo unidireccional para Teresa. No se trata solo de recibir amor, sino que también se siente llamada a dar amor. Y ese dar amor consiste sobre todo (iparece una paradoja!) en acoger, aceptar, recibir el amor de Dios. «Dios mío [...] ¿solo tu justicia aceptará almas que se inmolen como víctimas...? ¿No tendrá también necesidad de ellas tu amor misericordioso? En todas partes es desconocido y rechazado» (*MsA 84r*).

Teresa constata que muchas almas prefieren volverse a las creaturas en vez de «arrojarse en tus brazos y aceptar tu amor infinito». «Sí, me doy cuenta, más que nunca, de que Jesús está sediento. Entre los discípulos del mundo, solo encuentra ingratos e indiferentes, y entre sus propios discípulos ¡qué pocos corazones encuentra que se entreguen a Él sin reservas, que comprendan toda la ternura de su amor infinito!» (*MsB 1v*). Impresiona la fuerza de las expresiones de la religiosa, deseosa de que Dios encuentre corazones dispuestos a dejarse amar por Él. Le duele ver que el amor de Dios es «despreciado», que se queda encerrado en su Corazón por falta de corazones abiertos a su ternura. «Si tu justicia, que solo se extiende a la tierra, le gusta descargarse, ¡cuánto más deseará abrasar a las almas tu amor misericordioso, que se eleva hasta el cielo!». Y la santa implora: «¡Jesús mío!, que sea yo esa víctima dichosa. ¡Consume tu holocausto con el fuego de tu amor divino!». Teresa conoce su pequeñez y limitación, y ve en esto no un obstáculo salvable para ofrecerse, sino el motivo mismo que la impulsa a presentarse ante Dios para ser consumida por su amor: «No soy más que una niña, impotente y débil. Sin embargo, es precisamente mi debilidad lo que me da la audacia para ofrecirme como víctima a tu amor, ¡oh, Jesús! [...] El amor me ha escogido a mí, débil e imperfecta criatura, como holocausto» (*MsB 3v*).

El acto de ofrenda al Amor misericordioso es, en definitiva, un acto de abandono en las manos amorosas de Dios. Al inicio del *Manuscrito B* afirma que el único camino que conduce a la hoguera divina del amor es el aban-

dono del niño que se duerme sin miedo en brazos de su padre (cf. *MsB* 1r). Y un poco más adelante: «Estoy convencida de que, si por un imposible, encontrases un alma más débil y más pequeña que la mía, te complacerías en colmarla de gracias todavía mayores, con tal de que ella se abandonase con entera confianza a tu misericordia infinita» (*MsB* 5v). También en sus poesías encontramos ecos de esta experiencia. Por ejemplo, la poesía 52, titulada «El abandono es el fruto delicioso del amor», en la que exclama: «Tal fruto ya aquí abajo me da felicidad...», refiriéndose al amor que ya en esta vida experimenta de modo tan profundo.

La esperanza ligada a esta experiencia del Amor misericordioso lleva a Teresa a confesar a la Madre que «no puede temer el purgatorio». No hay en esto la más leve huella de presunción o de confianza en sus propias fuerzas. Simplemente, Teresa ha experimentado la fuerza santificadora del amor. Y al preguntarse cómo acabará la historia «de una florecita blanca», su vida, responde: «De lo que sí estoy segura es de que la misericordia de Dios la acompañará siempre». Una vez más, la esperanza inquebrantable que se ha afianzado en su alma amada con predilección.

Examinemos ahora, más de cerca, algunas expresiones del acto de ofrecimiento al Amor misericordioso. De esta oración, de una riqueza incomparable, queremos subrayar, casi a modo de síntesis, lo que en este trabajo hemos pretendido presentar de la doctrina, vida y experiencia espiritual de santa Teresita del Niño Jesús. Son varios rasgos de su experiencia, todos ellos íntimamente ligados, que confluyen en la experiencia de esperanza profunda en el Amor misericordioso.

a. La esperanza y los deseos de Teresa

-El deseo de amar a Dios, siempre unido al deseo de que otros le amen también. «yo quiero amarte y hacerte amar»¹¹.

-Incontenible deseo de santidad, en el cumplimiento de la voluntad de Dios. «Deseo cumplir perfectamente tu voluntad [...] En una palabra, quiero ser santa».

-Anhelo por la salvación de las almas. «[quiero] trabajar por la glorificación de la santa Iglesia, salvando las almas». Y más adelante: «quiero trabajar solo por tu amor, con el único fin de agradarte, de consolar a tu sagrado Corazón y de salvar almas que te amen eternamente ».

¹¹ TERESA DE LISIEUX, *Ofrenda al amor misericordioso*, texto español en <https://www.therese-de-lisieux.catholique.fr/es/teresita/su-spiritualidad/sus-escritos/oraciones/acto-de-ofrenda-al-amor-misericordioso/>.

b. Conciencia cierta de su pequeñez, del amor de Dios y de sus promesas

- Conciencia de su propia impotencia que le lleva a pedir lo que por ella misma no puede alcanzar: «te pido, Dios mío, que seas Tú mismo mi santidad».
- Experiencia profunda del amor recibido: «Me has amado hasta darme a tu único Hijo».
- Certeza firme: de que Dios le ha preparado un lugar en su Reino: «alcanzar el grado de gloria que Tú me has preparado en tu reino»; de que escuchara sus deseos: «estoy segura de que escucharás mis deseos».

c. Actitudes que brotan de tal conciencia

- Consolar. «Quisiera consolarte de la ingratitud de los malos».
- Temor a ofenderle. «Te suplico que me quites la libertad de desagradarte».
- Agradecer (especialmente el sufrimiento). «Te doy gracias, Dios mío, por todos los beneficios que me has concedido y, en especial, por haberme hecho pasar por el crisol del sufrimiento».
- Ofrecer, no sus propios méritos, sino los méritos infinitos de Jesús, de los santos, de los ángeles y de María Santísima, en cuyas manos abandona su plegaria para que la presente a Dios.

d. La esperanza en el premio definitivo

- El sufrimiento y la identificación con Cristo. «Espero parecerme a ti en el cielo y ver brillar en mi cuerpo glorificado los sagrados estigmas de tu Pasión...».
- Confiesa su esperanza de gozar de El en «la Patria», y que no quiere acumular méritos para el cielo. Sabe que comparecerá ante El con las manos vacías, «pues no te pido, Señor, que lleves cuenta de mis obras».
- El premio que espera no es otro que Dios mismo. «Por eso, yo quiero [...] recibir de tu Amor la posesión eterna de Ti mismo. No quiero otro trono ni otra corona que Tú mismo, Amado mío...».

Finalmente, las palabras culminantes del acto de ofrecimiento, que hablan por sí mismas:

A fin de vivir en un acto de perfecto amor, yo me ofrezco como víctima de holocausto a tu Amor misericordioso y te suplico que me consumas sin cesar, haciendo que se desborden sobre mi alma las olas de ternura infinita que se encierran en tí y que, de esa manera, llegue yo a ser mártir de tu amor, Dios mío...

Y una vez más, la referencia al cielo, descrito como un «eterno abrazo de tu amor misericordioso» y como un repetirle su amor en un «cara a cara eterno».

Conclusión

«El amor llama al amor» (*Msc* 34v). «Un alma abrasada de amor no puede estarse inactiva» (*Msc* 36r). Estas palabras de Teresa reflejan bien lo que fue su vida: dejarse quemar por el amor misericordioso de Dios, experiencia que le llevó a una intensa “actividad”, dentro de los muros del convento, por la salvación de sus hermanos. Ésta fue la dinámica de la vida de Teresa: su experiencia —continua y progresiva— del Amor misericordioso de Dios le llevó a vivir una profunda esperanza teologal. Basta señalar como muestra este pasaje de su diálogo con Jesús: «Jesús, déjame que te diga, en el exceso de mi gratitud, déjame, sí, que te diga que tu amor llega hasta la locura... ¿Cómo quieres que, ante esa locura, mi corazón no se lance hacia ti? ¿Cómo va a conocer límites la confianza?» (*Msb* 5v).

Su experiencia del amor divino le llevó también a un celo apasionado para que otras almas se “contagiaran” de ese amor. Así lo expresa ella misma al final del *Manuscrito C*:

Yo pido a Jesús que me atraiga a las llamas de su amor, que me una tan íntimamente a Él que sea Él quien viva y quien actúe en mí. Siento que cuanto más abraza mi corazón el fuego del amor, con mayor fuerza diré “Atráeme”; y que cuanto más se acerquen las almas a mí (pobre trocito de hierro, si me alejase de la hoguera divina), más ligeras correrán tras los perfumes de su Amado (*Msc* 36r).

«Tú sabes que te amo, Jesús divino. Vivir de amor es dar sin tregua, sin pretensión de compensaciones humanas. Morir de amor. He aquí mi esperanza. Será Dios mi gran recompensa» (*Poesía* 17). La esperanza de la santa de Lisieux se vio, sin duda, realizada. Vivió de amor y murió de amor, en el amor, por el amor misericordioso, al que un día se había ofrecido como víctima.